



www.loqueleo.com

Galería de espejos

© 2012, Juan Manuel Roca

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-25-4

Impreso en Colombia

Impreso por Editora Géminis S.A.S.

Primera edición: abril de 2012

Primera edición en Loqueleo Colombia: abril de 2016

Primera reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2017

Fotografías interiores: Casa de Poesía Silva / Camilo Mosquera Mejía

Fotografía cubierta: Árbol exvoto #2, teselas pensiles de cerámica sobre
madera, de Carmen E. Rodríguez Moncada

Diseño de cubierta: Santiago Mosquera

Cronología: Santiago Federico Espinosa Piñeros

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida,
ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de
recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea
mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia
o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Galería de espejos

Una mirada a la poesía colombiana del siglo XX

Juan Manuel Roca



Por un espejo retrovisor

7

El ingenioso aunque algunas veces frívolo poeta francés Jean Cocteau afirmaba que tras el encuentro sigue la búsqueda, como si primero nos encontráramos con la aguja y mucho después con el pajar.

Este texto aspira a hablar de la poesía colombiana encontrada en los pajares de su historia y dirigido en buena parte a principiantes, aunque ni por asomo sea escrito o pensado de manera complaciente. Aspira a pasar revista sobre algunos poetas y poemas que, a mi juicio, un juicio por supuesto cargado de subjetividad, son emblemáticos de nuestra poesía.

Al mirar la historia del país, a cada momento se me aparece una afirmación del poeta John Donne: “Nadie duerme en la carreta que lo conduce de la cárcel al patíbulo”. El poeta no es solo el que se preocupa por una forma y por un estilo, sino el que mantiene alerta sus sentidos y su razón, aunque no pocas veces se sienta como el condenado que viaja en la carreta del poeta inglés, habitando en dos orillas extremas, ambas de origen dramático.

Quisiera que este libro resultara más de historias que de historia, de piezas que se juntan para armar una especie de mural que se irá configurando a través de miradas grupales y semblanzas de algunos poetas, de anécdotas y fragmentos de ensayos, de opiniones propias y ajenas y, por supuesto, de una serie de poe-

mas que irán encabalgados al tiempo de aparición. Centraré este trabajo en los poetas nacidos en el siglo xx, por considerarlos más cercanos a la sensibilidad contemporánea, a unos usos del lenguaje que en buena medida interpretan nuestra época, pero señalando algunos de quienes podrían ser sus más claros aunque a veces remotos antecedentes, alternado visiones o retratos de grupo con figuras individuales. Como parte fundamental de su composición, incluiré trazos dramáticos sobre la constante relación que existe entre nuestra poesía y la violencia.

8

Primero habrá un esbozo, unos retratos de grupo de los diferentes momentos de la poesía colombiana, desde la escrita por los poetas anteriores a la Conquista y los poetas de la Colonia, a manera de antecedentes o de prehistoria de la poesía moderna, que se inicia con Rafael Pombo y José Asunción Silva, y que logra en el siglo xx su expresión más alta.

Tampoco me adentro en los poetas de la Independencia, toda vez que nunca padecemos más dependencia lírica que durante ese período. Sin embargo, me gustaría citar acá dos poemas como inicio del registro de la violencia en la poesía colombiana durante ese período de nuestra historia, aspecto que se atiende en las últimas páginas del volumen. El primero de ellos es un lamento por una víctima, escrito por la hija de José Acevedo y Gómez, el Tribuno del Pueblo, protagonista de los hechos independentistas del 20 de julio de 1810, y que perseguido durante la reconquista por los españoles murió pobre y desplazado en una montaña. Su hija, Josefa Acevedo, señala un lugar anónimo donde yace su padre. El poema, “Una tumba en los Andaquíes”, termina de esta manera: “Tan solo se descubre en la enramada/ una cruz de madera ya destruida,/ y el ángel compañero de la vida/ vela sobre su tumba abandonada”. En la otra orilla de la violencia está el célebre poema de Luis Vargas Tejada que, como se verá más adelante, con cierto humor negro, más bien macabro y disfrazado de ingenioso epigrama, pide como si nada descuartizar a Simón Bolívar. Lo paradójico es que el poeta que deman-

da el descuartizamiento de Bolívar era partidario del general Santander, el Hombre de las Leyes.

Con los románticos ocurre que, cobijados por esa escuela de neoclasicismo, resultan paisaje, algo así como los actores de reparto de una obra cuyo protagonista termina siendo Rafael Pombo, más divulgado como autor de poemas para niños. Hay mucho olvido sobre la poesía dramática y un tanto filosófica de Pombo, tal vez causado por el arraigo popular de sus versos y fábulas infantiles. Pombo debería ser también atendido en su pregunta por la existencia humana, por la exaltación y la caída, algo tan propio de un escritor de acentos románticos.

Los demás poetas agrupados en esa escuela, Ortiz, Isaacs o Núñez, no alcanzan la altura de Pombo, el romántico por excelencia. “En la obra de Pombo se encuentran validados casi todos los mitos románticos sobre la poesía. Esta es un retorno al ‘aire primitivo’, una momentánea liberación del yugo de siglos a las palabras por el hábito”, dice David Jiménez Panesso en su estudio sobre el romanticismo. Por estos motivos es que lo destaco, como un notable detonador de la poesía que habrá de escribirse con posterioridad a su obra, algo que ocurre también de manera definitiva con José Asunción Silva.

En este libro haré énfasis en generaciones del siglo pasado como Los Nuevos, Piedra y Cielo, Mito, el nadaísmo, la generación de poetas del inxilio (cuyas obras empiezan a aparecer en los años setenta), y en los poetas de la década del cincuenta.

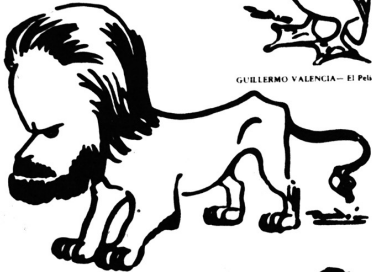
Un rasgo permanente de la poesía colombiana es el carácter un tanto pendular de las influencias entre generaciones, como también en sus rechazos. Es algo que llamaría un juego de espejos y decapitaciones.

El grupo de Los Nuevos, surgido en los años veinte, decapita, literariamente hablando, a la generación del centenario —llamada así por haber realizado sus obras durante el primer centenario de la Independencia—, pero se mira aún en el espejo de un pasado anterior a Silva.

JARDIN DE LOS POETAS



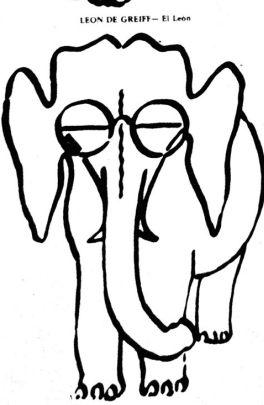
GUILLERMO VALENCIA— El Pelicano



LEON DE GREIFF— El León



VICTOR M. LONDOÑO— El Pegaso



ANTONIO GÓMEZ RESTREPO— El Elefante



LUIS VIDALES— La Rata

La generación de Piedra y Cielo, que viene luego de Los Nuevos, a partir de la década de 1930, se opone a los rasgos más o menos contemporáneos de estos, decapitándolos, pero vuelve caras hacia una poesía más hispanizante y conservadora, mirándose en el espejo de la poesía española, en una desbordada nostalgia llegada en carabelas. Aun así, apareció en su tiempo como una propuesta “revolucionaria”. El crítico Rafael Gutiérrez Girardot¹ señala que “la revolución literaria de los piedracelistas fue, si se la compara con el desarrollo de la poesía latinoamericana nacida del ‘modernismo’ (con César Vallejo, por ejemplo), más bien una reacción. (...) En el fondo solo desplazaba los acentos: de una retórica de ampulosidad acartonada, como la que cultivaba Guillermo Valencia, pasaron a una retórica de primor ingenioso”.

Los poetas de Mito y los fugazmente llamados “cuadernícolas” se distanciaron de la estética de Piedra y Cielo, mientras los nadaístas niegan a todos los anteriores, planteándose como un movimiento iconoclasta que no se reconoce en la tradición pasada.

La generación que llamo “poetas del inxilio” no atiende en general a los llamados que hacen los nadaístas y más bien encuentran, en los poetas decapitados por estos, una tradición de la que no quieren ser ni miméticos ni iconoclastas. Recuperan para sí a Silva, Arturo, Vidales, Charry Lara, Rojas Herazo, Carlos Obregón y Álvaro Mutis, figura esta última que en algunos aspectos salvaron los nadaístas de su ímpetu decapitador. He llamado a mi generación, surgida en la década de 1970, poetas del inxilio porque esta generación ha recibido varios nombres, poco convincentes, en realidad: ha sido llamada generación “postnadaísta”, que es como si los miembros de Los Nuevos tuvieran que llamarse “postcentenaristas”, o los de Mito “postpiedracelistas”, fijando una expresión a un modelo anterior. También la llamaron “generación sin nombre”, pero este rótulo, que fue propuesto

¹ Véase *Manual de historia de Colombia*, Tomo III, Procultura, Instituto Colombiano de Cultura, 1984.

por el español Jaime Ferrán, se refería solo a un grupo, pues no podía adivinar los nuevos nombres que entrarían a ampliar dicha generación. Luego, el crítico norteamericano James Alstrum propuso llamarla “generación de Golpe de Dados”, porque unos cuantos poetas fuimos publicados en esta revista fundada y dirigida por Mario Rivero. Sin restarle méritos a esta importante publicación, de la que he sido miembro de su comité editorial, me parece un tanto caprichosa una denominación que quizá emule con la idea de que una revista identifique a una generación, como ocurrió con la que dio nombre al grupo de Mito, que tuvo características diferentes al abarcar géneros distintos a la poesía, desde un proyecto que atendió a todas las artes pero que tuvo una clara preocupación por el debate social, el documento crítico y la reflexión política. Para seguir ampliando la baraja de nombres de mi generación, también se le denominó “generación desencantada”. Total, que sea una generación a la que se le ha querido bautizar y rebautizar a cada tanto, quizá sea una prueba de su eclecticismo y diversidad. Una prueba, también, de que la idea de grupo o de capilla dio paso a voces individuales, como ocurre también con los poetas posteriores, con los nacidos en los cincuenta.

Propongo, para seguir en el juego, que parece el de esas muñecas rusas que adentro tienen otras que a su vez contienen una más, el nombre de poetas del inxilio. Lo hago en razón de que casi todos estos poetas reconocen que aparte del exilio, de la fuga de miles de colombianos al exterior, también hay, con uno de los más altos índices en el mundo, legiones de desplazados abocados al inxilio: una suerte de exilio interior, un desplazamiento que ha creado verdaderos mapas humanos que cambian de región a causa de las diferentes formas de violencia. Quienes padecen el drama del exilio interior saben que muchos de estos generadores de expulsión —guerrilla, paramilitarismo, violencia estatal, delincuencia común— han estado atravesados por el auge del negocio de la guerra y el negocio del narcotráfico. Tam-

bién la poesía se ha visto desplazada de los medios impresos, con contadas excepciones, y más aun de los sellos editoriales. Así que, inxiliados en sus propias búsquedas, esta generación que empezó a publicar en los setenta reconoce en su mayoría que el desplazamiento humano es el mayor drama colombiano actual, lo registren de manera directa o no en su poesía.

Los poetas siguientes, los del “modelo cincuenta”, como los agruparía en su antología Fernando Herrera, hacen suyo, de manera individual, sin grupos ni manifiestos, lo que más les atrae de una tradición de tono menor como la colombiana; salvan del naufragio lo que más les seduce de los poetas que los precedieron, que en realidad serían más o menos los mismos que celebran los señalados poetas del inxilio.

Pongo como tope de este libro a los poetas nacidos en esa década de los cincuenta, de quienes ya se puede emitir un juicio crítico y una consideración de tipo histórico, pues a partir de esa fecha la mayoría de quienes ya han publicado algún o algunos libros siguen realizando una obra en formación, una obra en marcha que implica una espera a pesar de algunos evidentes y definitivos logros. Varios de estos creadores ya dan muestra de una decantación de su palabra, de un registro o registros personales, pero es sano esperar a que haya más distancia y, por lo tanto, más claridad, que se cumpla la tregua que requiere el implacable tiempo de los balances.

Mi deseo es que este libro, que encierra múltiples y diversas reflexiones sobre la poesía, recordando que ni ella ni la historia tienen por qué ser aburridas, pueda ser leído por amantes del tema y, muy fundamentalmente, por profesores y estudiantes críticos y exigentes. La mayor parte de nuestra historia, incluida la visión que se tiene de la poesía, por momentos parece escrita humedeciendo el estilógrafo en un frasco de niebla, como si no quisiera ser comprendida.

La poesía colombiana ha sido muchas veces negada con exageración y no pocas veces celebrada con igual o mayor entusias-

mo. Hay muchas visiones escritas en blanco y negro, tan polarizadas como el país, que sin embargo casi siempre repiten unos mismos cánones: se levantan estatuas intocables de algunos poetas y se señala —no siempre con justicia— a otros poetas como dignos del cuarto del olvido.

14

Nuestra literatura en general es muy joven, tiene acaso doscientos años, una brizna apenas de los que tienen las culturas orientales y las europeas. El buen ensayista y cuentista Hernando Téllez, a quien debemos el más bello cuento sobre la violencia en Colombia, “Espuma y nada más”, señala que “el balbuceo literario primero de un pueblo siempre ha sido la lírica (...) de acuerdo con lo anterior, Colombia está en el tercer día de la creación literaria, precisamente porque la gran mayoría de su producción intelectual es en forma de versos. Pero esto no es exactamente así. El desarrollo y la estabilización de los otros géneros literarios se están quedando muy atrás. (...) Hay un montón de versos pero muy pocos poemas”.

El tiempo, más que la crítica misma, ha ido moldeando el gusto y la vigencia, la caducidad o el desdibujo de algunos nombres del pasado, lo mismo que ha ido revalidando otros, como suele ocurrir siempre que se hace una especie de valoración y de balance. A pesar de los reparos críticos que hago, considero que la poesía colombiana tiene espléndidos momentos. Este libro quiere, desde una mirada personal, rastrear la poesía del siglo xx, aproximar a nuevos lectores y dialogar con los ya habituales, desde un sano eclecticismo. Moviéndome entre el ensayo y la historia, y algunos juicios críticos en torno a autores relevantes de la poesía colombiana, no he querido evitar que este libro pueda verse como atípico o herético, a lo mejor también como un riesgoso y subjetivo litigio con algunos cánones establecidos, algo que sin duda prefiero a la cómoda pasividad de los juicios inamovibles. Aunque me incomode, es imposible en una visión propia no usar a veces la primera persona y que no haya algunos

episodios vivenciales en los que tenga que involucrarme como testigo o como interlocutor.

Incluyo una entrevista con un “fantasma lector”, para realizar de manera sucinta un inventario de nombres y agrupaciones, unos retratos de grupo, que no son otra cosa que invitación a una lectura más a fondo de los poetas colombianos de diferentes períodos.

Estoy de acuerdo con Darío Jaramillo Agudelo cuando afirma en un texto sobre María Mercedes Carranza que “uno puede contar el cuento de la historia de la poesía colombiana desde muy diferentes ángulos, cambiando de criterios”. Pues bien, sin ninguna excusa o coartada, este es el mío.

15

J. M. R.